

**El mercado literario, o, tantas veces,
el desaliento**

Elena Santiago

Elena Santiago, nacida en Veguellina de Órbigo (León), comenzó a escribir a los once años. Finalizado el Magisterio se trasladó a Madrid a continuar sus estudios de Letras, que abandonaría para dedicarse a la literatura y la pintura. Su obra publicada comprende tres libros de cuentos, cuatro de poesía y once novelas. De entre los títulos de su importante obra narrativa destacamos: *Gente oscura* (Planeta, 1981); *Una mujer mala* (Bruguera, 1981); *Alguien sube* (Ayuntamiento de Valladolid, 1985); *Vera* (Lumen, 1988); *El amante asombrado* (Lumen 1994); *Amor quieto* (Lumen, 1997); *Ángeles oscuros* (Edilesa, 1998); *Asomada al invierno* (Espasa Calpe, 2001) entre otros. Ha obtenido diversos premios literarios entre los que citaremos: "Ciudad de Irún"; "Ignacio Aldecoa"; "Ciudad de León"; "Hucha de oro"; "Felipe Trigo"; "Miguel Delibes"... Y como reconocimiento al conjunto de su obra: "Rosa Chacel"; "Trayectoria Literaria Provincia de Valladolid" y "El Premio Castilla y León de las Letras 2002".

Comencé a escribir a los once años sabiendo que no tendría que hablar de los mercados literarios, porque nunca existirían para mí. Escribiría para respirar mejor o para contar la vida que se me iba quedando encima, buscando el buen ejercicio personal desde la palabra y la imaginación, contando realidades y mentiras que harían una verdad si la palabra era puntual y cierta.

Escribiría a escondidas, desde niña, con un pudor instintivo y temeroso. Escondida estuve años, construyendo un tiempo largo y sostenido por un silencio que iba llenando de la palabra escrita. El impulso seguía siendo la urgencia de contar la existencia, con distintas formas, a distintas voces. Contemplaría el amor, la ausencia, el calor y el frío, las sombras y el miedo. En apacible retiro respiraría atmósferas muy particulares, recalando en ellas, intentando relatarlas.

Continuarían siendo, los mercados literarios, algo desconocido y lejano como un mar en el que asomaban ahogados, naufragos y aventureros que conquistaban islas desde las que blandían su propia bandera y su nombre a todos los vientos que fueran pasando. Alojados estaban en un mundo que, entonces, me era extraño.

No me resistiría a la atracción misteriosa del lenguaje, nunca buscando el discurso sino lo intenso, nunca fuegos artificiales de brillos y colores apagados en segundos, sino suscitando la búsqueda de una realidad determinante. Apegada a "mi rincón", sin asomarme aún al "exterior". Las noticias que, pronto, me iban a ir llegando eran, en parte, propicias y expresión de que

en el mundo de la Cultura llegaba a amanecer, pero lastimosamente prevalecían las noches excesivas. Entonces, seguiría mirando mi situación por un cristal transparente; porque claro era que yo seguiría, contra todo, escribiendo. Y repetiría con Pessoa: «Me tranquilizo escribiendo, como quien respira mejor sin que la enfermedad haya pasado». Y seguiría con un pie en lo real y otro en lo imaginado. La fantasía, los sueños y las obsesiones, hacían también su trabajo. Dibujaban insaciables, en hechizos acabados en mancha o en paisaje extendido. Y así, mundos que yo intentaba encontrar para situarme y contar hasta los murmullos, los silencios, el sosiego y el bullicio, el calor o las lágrimas, llegarían a convocarse. Todo, a poder ser todo, en palabras necesarias, precisas, configurando un texto que acabase en mundo.

Abarcaría la necesidad de procurar lo singular, desde el pulso justo, el ritmo inexcusable, con una voluntad paralela a la vocación, pero sosegada, cómoda, porque seguía suponiendo que nadie, nunca, iba a leerlo. Así, sentiría durante años. Ignoraba que me esperaba el mundo literario, que me iba a dar satisfacciones y más de un disgusto. Entonces, era una niña creo que como todos los niños, sin prisa por cruzar a otra parte. Pero irremediamente alcanzaría otras edades, sortearía socavones, aparecería como mujer que escribe, y, este hecho, ampararía unas reacciones positivas y otras de sospecha entre editores, críticos, y entre los propios escritores. Fui descubriendo y lamentando algunos encuentros. Fui conviviendo con otros.

A tal punto iba a ser cierto que el ser escritora en un mundo de una mayoría de escritores (hombres) me iba a dar más de una tiritona. Tendría que revestirme de una piel más consistente, desalojar o disimular debilidades, mantenerme alerta a los vientos contrarios. Y apelaría, más de una vez, a la necesidad de buscar una salida donde no se mirase torcido aquella circunstancia de ser escritora. Como un pequeño personaje de un cuento mío, acabaría por decir: «Busqué, de inmediato, una salida. Escapé

corriendo por ella. Corría tanto que pensé que acabaría saliéndome de la vida».

A tiempo reflexioné que tampoco iba a ser para tanto... y alenté una confianza. Lo cierto sería que alcancé un camino, al principio estrecho, que fui extendiendo mientras conjugaba el bien y el mal entre unos personajes asustados y otros resueltos. Y, en medio, inevitable la duda.

El frío de los mercados literarios estimando un libro, ensayo, cuento o novela, era gélido, en ocasiones, al considerar como valor (por encima de valores literarios) las posibles ventas. Un hecho y un deseo dirigido, disparatado a veces, hacia el éxito por encima de todo lo demás. Como reclamo un premio llamativo o una publicidad albergando, únicamente, brillo exterior. ¿Y la creatividad? ¿Y la existencia de unas páginas erigiendo lo auténtico, un mundo convenido para contarse desde esa creatividad? Existía. Pero lo primordial y definitivo, era el número de ventas.

¿Cómo entender que por el hecho de ser mujer, aún hoy, se ofrezcan menos posibilidades o distintas salidas? Cierto, que esto ha cambiado. Años se han cumplido desde aquel pasado rígido, para la mujer. Que algunas resoluciones amparaban muy poca sensibilidad a la hora de leer un libro femenino. Como las palabras de un crítico tras la lectura de una nueva novela mía, ¿pudieron ser debidas a que él era bastante especial y no sólo un “crecido” del revés? Su comentario fue: «Me ha gustado y mucho. Escribiré sobre ella, pero con cuidado de lo que digo porque enseguida alguien, si soy muy elogioso, me dirá que qué tengo yo contigo, que si ando enamorado...» ¡Horror! Le pedí que se olvidara de mi libro y de mí.

Cuando yo era un ser llegando de una infancia de pueblo, de una escuela donde se cantaban verbos y reyes godos, mandamientos, ríos y montes, pero era, finalmente, un círculo de cobijo, fue duro entrar en un colegio de monjas muy rígido, donde comenzaron por vestirme de luto (lo que ya parecía una premonición). El uniforme era negro, los zapatos y las medias

igualmente negros. Me vi *tenebrosa*, pero especialmente por estar alejada de la familia. No un ángel de tinieblas, sino una de las sombras nacidas en la falta de luz. Dramático fue mi nuevo destino porque acababa de perder el suelo firme que había pisado hasta ese día, perdida la protección casi continua de unos padres prodigiosos, la casa que me acogía cada hora del día y de la noche. La casa, los días, juntos en ella yo oía que vivíamos. Pasar al “luto”, a otra casa que no era la mía, fue una difícil lección desde el principio. Cierto que la nueva casa era muy literaria, y aquello me situaba en un buen lugar para contarla, para contar. Había sido de un escultor, Melero, y en los bajos, en dos cuartos abandonados, se guardaban rostros de hombres, mujeres y niños, manos tendidas o caídas, todo en yeso, todo olvidado, modelos con expresiones de habitantes de la oscuridad la mayoría, que acabarían por ser los primeros personajes de mis cuentos.

Qué lejos estaba de todo este mundo que hoy me rodea. Cuántas horas, cuántas sensaciones, cuántas páginas, habría de cubrir hasta llegar a estas palabras de hoy. Los personajes habían comenzado siendo de yeso, arrinconados en un cuarto frío y tenebroso, moradores de la nada si nadie les concedía un alma, al menos un alma pequeña, para lograr la vida. Continuarían, porque los fui escribiendo. Los fui sacando a una luz que los avivara, que les concediera un soplo de pulso y voz para decirse. Mi primer cuento, a los once años, fue sobre la niña que no quería ser de yeso para poder calzar zapatos y caminar. Necesitaba cambiar sus manos hasta revestirlas de piel, y tocar. Árboles, agua, pan. Si era invierno soñaba sueños de frío y lluvias, soñaba ser pájaro para no ensuciarse los zapatos.

No enlodar los pasos. Que en el Colegio, ya llegando a la raíz cuadrada y a los primeros latines, seguía instituida, como principal preocupación, aprender comportamientos. Y, mejor, imitar a los santos. Cierto era que no me veía santa, tomase el camino que tomase. Tampoco creí fácilmente en paraísos. Los

infiernos, sin embargo, los llevé a la literatura, cautivada por los fuegos eternos, y, más cautivada por los fuegos de amores. Nos enseñaron las monjas una importante y necesaria distancia con el hombre porque, desde el pecado original, no le concedían su confianza. Así, algo parecido a una novela escribiría a los catorce años (llena de influencias de mis lecturas incesantes) con un argumento algo acelerado de dramatismo entre el amor y la muerte. Y al hombre pecador y amoroso lo llevaría la protagonista del relato, a su casa y a sus besos.

Desde niña aprendería que la comunicación con los demás nos hacía también a nosotros, poblaba nuestro aprendizaje, explicaba los infinitos movimientos que podían caber en una historia, en el lenguaje. Había que ver, escuchar, ver y escuchar sintiendo. Y descubriría enseguida —como ya expliqué—, que también querría escribirlo, para borrar miedos, dirigir destinos, para ordenarlos o desordenarlos (ambos juegos recurrentes), dejando a la imaginación que peinara o despeinara los relatos que surgían como pulsación y urgencia. Supe que los días, mientras fuesen días, estarían diciéndose y diciéndose las personas, situaciones y cosas. Había que llegar a tomarlos enteros, sin asustar nada, para explorar y convertir en palabras. La fuerza de vivir era fuerza de escribir. Y cuanto querría ir relatando habría de estar vivo, o sería de cartón o papel bajo la lluvia, inservible; tan inútil.

Y todo esto, ¿a quién podría interesar?

Convencida y aferrada a la necesidad de escribir, tardé, sin embargo, en entrar en la necesidad de publicar. Pensaba que no existían las editoriales, para mí. Nunca, por tanto, batallaría en los mercados literarios. Sabía que los protagonistas de mis libros, habrían de defenderse por sí mismos, arropados incesantemente por el lenguaje. Primordial lo cercano, sin perder nunca a la par el paisaje de fondo. Escribía. Mi condición de mujer me iba a llevar por aguas turbulentas, pero, confiada y distraída..., tardaría en saberlo.

Siento que mi experiencia esté abocada a una realidad de gesto torcido en cuanto a los hombres, pero mi experiencia es muy negativa. Nosotras somos mucho más generosas, como "compañeras" de camino y de camino literario. La razón que ellos practican, con raras excepciones, estriba en esa mentalidad suya, de siglos, que sostienen muy puesta. Como un sombrero que les encierra ideas más libres.

La mayoría de editores, son hombres... Largos años, larga vida en la que se mantuvieron inflexibles y más dispuestos hacia los escritores masculinos. Mi experiencia en la editorial Lumen, dirigida por una mujer, Esther Tusquets, fue muy buena. Antes de nada le interesaba lo verdaderamente literario. Y añadamos que sin prejuicios de ninguna clase, aceptaban los libros que les gustaban e interesaban, sin "esa inquietud poco clara" de que fuese de un autor o de una autora. Hay editores y críticos que continúan muy dispuestos a favorecer, decididamente, siempre al varón. Suponen que las mujeres pueden esperar o mirarse entretanto al espejo, como acto baldío. Una mayoría, si asoman su imagen, se contemplarán postergadas, atadas y hartas de contrariedades surgidas de esta forma de tratamiento aislado y lamentable.

Habrà quien piense que exagero. Si es así, que se dé una vuelta por el mundo. Eso sí, con los ojos y los oídos bien abiertos.

Con todo, he ido haciendo páginas, alzando rostros y nombres y formas de vida, después, título a título, he acabado por reunir algunos libros. Ahora consumo una etapa muy distinta. Bastante alejada de aquella dura cuesta arriba. Alejada del tiempo de las primeras publicaciones (patrocinadas por premios) en los que me daría de frente con el mercado literario en el que sólo se vendía, (y se vende) si se era conocido. De serlo, aparecerá brillantemente anunciado. Y la palabra éxito, hasta puede desbordarse.

Bueno, yo fui resistiendo. No cesaba de escribir y mis novelas y cuentos, irían apareciendo. Las críticas me eran favorables

y hasta muy buenas en ocasiones (dicho, más o menos, con una humildad), pero habría de "remar" para alcanzar otras aguas. En las que estaba, más o menos sosas, no hacía mar.

Así, continué, subiendo unos escalones y bajando otros. Lo cierto era que iba, o eso parecía, hacia una buena parte. Quedaba muy lejos la niña de cabeza llena de pájaros... «Esta niña tiene la cabeza llena de pájaros», me decían. «Esta niña se emboba mirando». Estaba en el centro del asombro. Había nacido para escribir..., lo que ignoraba era si tendría que pedir perdón, algún día, por ello. Perdón habrían de pedir los que me contaban que mi forma de escribir les convencía (incluso, convencía plenamente), pero como no me creían comercial... Aseguraban que lo mío era muy literario, bueno sería que fuese muy conocida y publicarlo entonces... Pero ser muy conocida, ¿cómo?, si no se me publicaba por ser poco comercial...

La vida escribía sobre mí, desvarios y aciertos. Seguía yo dejando en los folios argumentos desde la memoria y la invención. Mientras, en los mercados literarios crecían los nombres de siempre, los escritores elegidos por sus libros o por una fama externa a la cultura. «¿Tengo que saber, y saber contarlo, el mundo entero para crecer?», pregunta el niño de uno de mis cuentos. Y el maestro le responde: «El mundo entero». Insiste el niño, agobiado: «¿La bola total?» Y el maestro, no duda: «Bola la tuya, hijo. Bola, en vez de cabeza. Pero no cedas... ¡búscala! Quien busca..., acaba por saber pensar». Llegar al mundo y llegar al pensamiento, con emoción ante lo intenso, en la seducción de la palabra, derivando a un argumento donde tocar la vida. Y ya, aceptaría y entraría en los mercados literarios, como paso hacia lectores que se comunicasen con mis páginas. Como encuentro, y, ojalá, entendimiento.

Necesitaba casi lo imposible. Que mis personajes encontrasen un lugar propio, sin sufrir acometidas al salir a los puestos de un mercado de apretados compromisos externos. Era algo así, como el cuento de Benicia, que consideraba que las cosas más

suyas, deberían defenderse, e, incluso, llevarse consigo hasta la tumba. Como era su lámpara de afiladas barritas y medallones lagrimosos y de transparentes velas de luz. La quería colgada en su ataúd, iluminando su muerte, encendida hasta los bajos de la tierra. Al fin, la luz en la muerte oscura. Al fin algo muy contrario a la muerte, lo encendido.

La luz buscada, ese era el camino. Lo contrario era descender bajo tierra.

La vida y el trabajo, la vida y la suerte como peonza girando, los dados lanzados, el columpio meciendo o abriendo aire. Los folios, la palabra, el estilo que, como dijo Proust sobre el estilo de Flaubert: «Yo creo que sólo la metáfora puede dar eternidad al estilo». Yo que nunca seré Flaubert y nunca Proust, creo en la honda proyección que la metáfora puede procurarle al estilo. ¿Señalan los mercados literarios estilos, metáforas, o el libro como fondo y forma en la que entrar para vivir un libro? Naturalmente que todo no tiene que ser *El Quijote*, *Crimen y Castigo*, *En busca del tiempo perdido*, pero deberá entenderse con la dignidad de una entrega leal en un significado de Cultura.

No es ésta del todo la ocasión de citar, a propósito de lo que creo no ver en su sitio, la frase de que “cada uno habla de la feria según le va en ella” (y no sólo en la del libro), porque en estos últimos años las facilidades han llovido algunas abundancias sobre mí. Facilidades para llegar, sin encontrarme ya tan pronunciada cuesta de subida. Se ha aliviado, y respiro. Todo ha dado un giro muy considerable. Aunque, mirando a lo alto, sigo viendo a los hombres en el mejor paraíso (a un lado, siempre a salvo, naturalmente, los maestros). Demasiadas mujeres, más abajo, más abajo.

En *La perfecta casada* escribió Fray Luis de León: «Propio de la mujer debe ser el silencio honesto». He de suponer que igualmente se refería al silencio de la palabra escrita, dado que el hecho de ser mujer desintegra cualquier concesión. Pues de Fray Luis de León al presente, encontraremos citas subrayando

los silencios o la indiferencia, sin sofocarse quien las firma. Nos incitan, sin pudor alguno, a la pasividad. O, sencillamente, cierran puertas y echan la llave. Y dicen con Machado: «Tú calla, tu boca es sólo para besar».

Se alborota lo que tendría que haber sido un orden acreditado. Desfachatez, en los hilos conductores que nacen de políticas, oportunismo, amiguismo..., y un largo etcétera. Debería manejar el escritor (hombre), el mejor lenguaje (ya que hablamos de literatura), y la modestia de la duda. Deberían ir dejando de entrar duramente arrasando, convencidos de ser tanto El Quijote como Cervantes, a conquistar mundos. ¿La humildad nunca será su patria? ¿Ni siquiera, un leve paliativo? Las excepciones existen, cómo no.

No quisiera dejar de comentar que estaría bien que se me entendiera. Que soy persona que desee comunicación. Continuar contando historias libremente, sobre mi mesa y en mi papel, conmovida y para conmover. Es innegable es, que deseo la comunicación con el lector, que no quiero dormir un mundo deshabitado para mí y mis libros, o morar una fotografía siempre detenida ante el mismo paisaje. Habré de bajar, por tanto, de alcanzar algunas metas, procurando adelantar pasos en esta andadura y no acabar sosteniendo una supervivencia.

Aunque, algún día, me subiera lo desatinado o impropio, hasta cubrirme y ahogarme (los manojos socavados de lo ajeno a la literatura), seguiré, sin embargo, afirmando que permaneceré escribiendo, porque digo como Bohumil Hrabal: «Sé que hay que quemarse con lo que no se puede apagar».

Elena Santiago